

que servían para vigilar á sus míseros habitantes, infundía en el pensamiento de los dos amigos una profunda tristeza. ¡ Cuántos dolores, cuántas penas y cuántas cóleras fermentaban en aquella ciudad del crimen y de la vergüenza ! Bajo el cielo límpido y tachonado de estrellas, parecía que flotaba un grito de odio y de venganza. Y dentro de aquella tranquilidad, y de aquella atmósfera fría y serena, unos hombres, verdaderos condenados, maldecían la vida que se arrastraba para ellos en el sufrimiento y la miseria, sin esperanza.

VII

El vigilante enseñó á Tragomer la cordelería y le dijo :

— Ahí tiene usted la casa. Si quiere usted entrar, voy á llamar á nuestro párroco...

Cristián se volvió hacia un marinero que le seguía y le dijo en inglés :

— Entre usted conmigo, Dougall.

El marinero, que llevaba al hombro una cajita de madera, tocó la boina con la mano y se dispónia á entrar, cuando el centinela le detuvo diciendo :

— Tiene usted que dejar fuera la caja. No se puede entrar nada en los edificios, sin autorización.

— La traemos, dijo el vigilante sacando un papel del bolsillo.

El marinero entró detrás de Tragomer en la barraca, donde sentados en el suelo y con la espalda contra la pared, unos presidiarios estaban traba-

jando en gruesas y duras maromas embreadas. Todas las cabezas se levantaron con curiosidad y las manos, doloridas por el trabajo, se detuvieron. Aquel rebaño humano dejó oír un gruñido, pero á la vista del vigilante que cerraba la puerta, se produjo un silencio medroso. Los tres hombres atravesaron un patinillo contiguo á las células de castigo y vieron á través de la reja un espectáculo conmovedor. Un desgraciado con la cabeza cubierta con un capuchón por cuyos agujeros lucían sus ojos, estaba dando vueltas al rededor del patio, como una bestia feroz. Andaba lentamente y su cadena sujeta encima de la rodilla producía un chirrido lúgubre. Enmascarado, solitario, silencioso, aquel hombre daba espanto.

— ¿Qué hace ahí ese hombre? preguntó Tragomer al vigilante.

— Se pasea durante media hora. Después volverá á entrar en su calabozo. Es un escapado que fué cogido y le han condenado á dos años de célula. No ve ni habla á nadie y vive en un nicho de tres metros de largo y uno de ancho.

— ¡Un *in pace*! murmuró con horror Tragomer. Esta es la suerte que aguarda á los desgraciados que traten de escaparse...

— ¡Ah! milord, si no se les tratase con dureza no habría medio de entenderse...

— Y, sin embargo, es natural que un preso trate de fugarse.

— Es natural, pero eso nos produce muchas molestias. Por eso no somos blandos con los que tratan de abandonarnos.

El solitario, metido en su capuchón, daba vueltas y vueltas. Cristián se estremeció pensando que si Jacobo volvía á caer en manos de sus guardianes le estaba reservada igual suerte, é instintivamente palpó en su bolsillo el revólver que había puesto en él antes de salir. La muerte era mil veces preferible al suplicio de aquel emparedado que no salía de su tumba de piedra sino para dar vueltas velado, sin que los rayos del sol ni la brisa del cielo pudieran tocarle la cara.

Pasaron por una fragua donde algunos presidiarios estaban marfillando en el yunque las esposas y las cadenas que iban á servir para sujetar á sus compañeros de miseria. Después llegaron á una puerta sobre la que se leía : Oficina auxiliar de las subsistencias.

— Aquí es, dijo el vigilante.

En una pequeña pieza amueblada con una mesa y dos bancos, Jacobo de Freneuse estaba copiando en un registro unas notas amontonadas delante de él. Levantó la cabeza y se sonrojó, al ver á su amigo, pero permaneció en su sitio, pluma en mano, esperando la orden del vigilante.

— Puede usted dejar el trabajo mientras el señor esté aquí... Aquí tiene usted los libros que está autorizado para traerle...

El marinero abrió la caja y sacó una biblia, un libro de viajes y unos paquetes de tabaco.

— Creo que querrá usted aceptar estos cigarros, dijo Tragomer al vigilante; no los hay así en la colonia. En cuanto al tabaco, ruego á usted que se lo deje á este pobre muchacho.

— Dé usted las gracias, 2317. Abí tiene usted para varios meses, si no se lo deja robar por los camaradas... ¡Vamos! Tiene usted suerte; todos los visitantes no son tan generosos...

— Señor, muchas gracias, dijo humildemente el penado.

— Milord, cuando usted quiera marcharse, le espero en la lancha... Usted no se perderá ya en el camino y yo tengo necesidad de ver al comandante, que vive al otro lado del presidio... Tardaré una hora.

— Tómese usted el tiempo necesario... Yo no saldré hasta la hora reglamentaria...

— Á las seis... Ya estará oscuro.

— Que se vaya con usted el marinero. Váyase, Dougall, y que no se cambien en nada mis disposiciones.

El marinero saludó y siguió de cerca al vigilante. Tragomer los siguió con la vista desde la puerta y observó que no tomaban el camino por el que habían entrado, por lo cual no debían pasar, al salir, por delante del centinela. La suerte se decidía en favor de Jacobo. Una vez cerrada la puerta,

Cristián se precipitó sobre su amigo y dijo, mirándole hasta el fondo del alma:

— ¿Estás resuelto?

— Estoy resignado á seguirte, porque así lo quieres; decidido á sufrir puesto que es preciso.

— Está bien. Tenemos pocos instantes disponibles. Hace dos horas que me paseo por el presidio, para hacer tiempo, oyendo la charla de un idiota que ha sido notario y de un mentecato que ha sido médico. ¡Pobre amigo! Eso es lo que hubieran hecho de ti diez años de esta infernal existencia. Más vale morir al tratar de ser libre.

Mientras hablaba, Tragomer se estaba desnudando. Debajo de su americana blanca, traía una blusa de lana azul igual á la de Dougall y debajo del pantalón, otro de la misma tela que la blusa. En seguida sacó del bolsillo una boina bordada de rojo y un par de zapatos.

— ¡Vamos! vivo... ¡Desnúdate! ¿No podrán sorprendernos?

— No, no vendrá nadie, si el vigilante se ha marchado realmente. ¿Pero cómo me quito la cadena?

— ¡Espera!

Tragomer sacó un martillo y una pequeña lima de acero montada sobre una ballesta. Cristián no pudo menos de sonreír.

— ¡Herramienta de ladrón!

Estaba ya manejando la lima con destreza y la

limadara de hierro caía en polvo sin producir el menor ruido. Al cabo de un cuarto de hora la anilla del brazo estaba limada hasta la mitad de su espesor. Entonces, un golpe seco con el martillo la hizo quebrarse. La operación fué más fácil y más pronta para anilla de la pierna. La cadena cayó al suelo y Jacobo pudo extender sus miembros, libres ya del infamante lazo. Tragomer cogió la cadena y se disponía á ocultarla, pero Jacobo dijo :

— Arranca esas dos anillas; quiero llevarmelas.

Libre de golpear en la cadena sin hacer daño al preso, Tragomer rompió las dos anillas y se las metió en el bolsillo, mientras Jacobo, echando fuera el inmundo sayal de tela de sacos, se ponía el traje de marinero. Una vez que le tuvo puesto y que estuvo calzado con sus zapatos, Jacobo apareció diferente de como estaba con la librea de presidiario; su estatura resultó más alta y sus hombros más anchos. Ya no parecía encorvado bajo el peso de su infamia, pero el semblante ce-trino del penado podía aún denunciarle. Tragomer, entonces, sacó un estuche de pinturas y postizos, hizo sentar á Jacobo y como si le estuviese pintando para un baile, le extendió en la cara un tinte de color de ladrillo. Después le pegó cuidadosamente algunos pelos rojos en la barbilla, y satisfecho de su obra, entregó á su amigo un espejito redondo, diciéndole :

— Toma. ¿Te reconoces?

En vez de la cara de miseria y de desesperación del pobre 2317, Jacobo vió en el espejo un vigoroso marinero quemado por el sol de los trópicos. Tragomer le entregó un revólver y le dijo con terrible resolución :

— Ahora, toma este arma. ¿Está convenido que no te cogerán vivo? Yo te defenderé, si es preciso, hasta el último aliento.

— Puedes estar tranquilo, dijo Jacobo sonriendo. ¡La última bala será para mí !

— Pues bien, ponte esa caja al hombro como la traía Dougall y vámonos.

Jacobo se volvió entonces hacia Tragomer y antes de pasar la puerta de aquella miserable prisión donde tanto había sufrido, se arrojó en los brazos de su amigo y dijo :

— Suceda lo que quiera, gracias, Cristian.

— Está bien, respondió Tragomer. Ahora, aseguremos las fisonomías y adelante.

Salieron, atravesaron el patio en que estaba la fragua, entraron en la cordelería donde los penados seguían desgarrándose los dedos contra las duras maromas embreadas, y llegaron á la entrada del edificio, donde se encontraba el centinela en su garita, apoyado en el fusil, y al abrigo de los rayos del sol, ya oblieuos á aquella hora. Echó una ojeada á los dos hombres, reconoció al visitante extranjero y al marinero que llevaba la caja y no

se movió. Tragomer, livido de emoción y con el corazón agitado, se llevó la mano al casco de corcho y dijo al pasar :

— Buenas tardes.

— Buenas, respondió el centinela.

Jacobo estaba en la calle mas no, todavía, fuera del presidio. Había que pasar las fortificaciones. Pero Cristián no tenía miedo; apretaba en su bolsillo el pase a su nombre y al de Dougall. Alentado por el primer éxito, estaba dispuesto a hacer frente al vigilante y a forzar el paso si era preciso. Las emociones pasadas producían en su cerebro una excitación extraordinaria. En este momento estaba seguro de salirse con su empeño. Llegaron a la verja y tuvieron la suerte de encontrarse con una cuadrilla de penados que volvían del trabajo. El vigilante, muy ocupado en contar sus hombres, juraba como un carretero porque dos penados acababan de verter delante de la puerta un tonel de brea líquida que apestaba la atmósfera.

— ¡ Ah! Los muy marranos... ¡ Lo han hecho a propósito! aullaba el vigilante. Ocho días de célula y pan seño... ¿ Y ahora quién va a limpiar esta porquería? No seré yo, por cierto. Sargento, detenga usted ahí a estos animales hasta que todo esté limpio. Si no pueden quitarlo con las manos que lo arranquen con la lengua...

En este momento vió a Tragomer y a su marino que iban a salir.

— Ahora los ingleses, gruñó; bueno, pasen ustedes, no tenemos tiempo para hablar...

Y se arrojó sobre los penados, sobre el sargento y sobre la brea. Tragomer y Jacobo estaban fuera.

— ¡ Apuntémonos dos bazas! dijo Cristián en un acceso de alegría. Ahora no tenemos tantas probabilidades en contra nuestra. Es preciso llegar a la playa para escondernos y esperar la chalupa para llegar a bordo.

Volvieron la espalda al muelle y a la población y se dirigieron hacia el mar. Los canacos, los libertos y los soldados que pasaban los miraban con curiosidad. Al volver una cabaña, Jacobo tiró la caja y ya con sus movimientos libres se puso al lado de Cristián. Atravesaron un bosquecillo de tamarindos que interrumpía la duna y se encontraron solos. A lo lejos se veía la maleza que llegaba hasta cien metros de las rompientes y unos bancos de coral cubiertos por espesa vegetación de algas daban al agua un tinte de esmeralda.

— ¡ Mira! dijo Tragomer enseñando a Jacobo la extensión del mar... ¡ El yate!

El humo negro de las chimeneas culebreaba en el cielo al cruzar el navío a un kilómetro de la costa, como estaba convenido. A los rayos del sol poniente, se recortaba con precisión el casco blanco del yate, muy poco elevado sobre el agua. Se distinguían los menores detalles y hasta pareció

á Cristián que veía dos hombres en el puente. Uno de ellos debía ser Marenval.

—Apresurémonos, dijo Tragomer. Dentro de una hora caerá el día repentinamente y es preciso que nos escondamos. El vigilante me esperará en vano en la lancha de la administración, me buscará y tu fuga será descubierta. Entonces empezará el peligro.

Estaban solos en la duna, rodeados de lentiscos y de altas hierbas amarillas. Detrás de ellos, en lontananza, el presidio dibujaba sus masas sombrías. Y en el mar, sosegado y tranquilo, el yate se deslizaba suavemente. De pronto una nubecilla blanca apareció en una de las bordas del navío y un instante después llegó á oídos de los fugitivos una pequeña detonación.

— Nos han visto, dijo Tragomer. Es un tiro de fusil para llamarnos la atención. Nos observan, sin duda, con un antejo, pero no están seguros de que seamos nosotros. ¡Respondámosles!

Sacó del bolsillo un largo trapo blanco, le ató al extremo de una rama y le agitó tres veces en el aire á modo de bandera. Una nueva nubecilla de humo y otra detonación indicaron á los dos amigos que su señal había sido comprendida. Tranquilizados por la seguridad de que estaban en comunicación con el yate, avanzaron á lo largo de los arrecifes para alejarse de la zona peligrosa y poner el mayor espacio posible entre ellos y sus perseguidores probables.

Se encontraban entonces en las rocas. Una especie de promontorio avanzaba en el agua, formando una lengua de coral golpeada por todas partes por las olas. Este cabo salía más de un kilómetro extendiéndose sobre el mar como una serpiente dormida. Los dos amigos se metieron por aquel camino que no tenía más de doscientos metros de ancho y que estaba cubierto á uno y otro lado por las dunas. Cristián y Jacobo se dirigían á la punta del cabo, que formaba un pequeño promontorio. De repente se estremecieron. Acababa de sonar un cañonazo, luego otro y luego un tercero á intervalos iguales. Al mismo tiempo el viento de tierra les trajo un redoble de tambores que tocaban generala y un rumor confuso de voces. Ambos se miraron palideciendo.

— ¡ Todo está descubierto! dijo Jacobo.

— ¡ Nos persiguen! añadió Tragomer.

Cristián lanzó una mirada en derredor. El sol, como un globo de fuego, incendiaba las olas en que iba á sumergirse. Una hora más, y la noche vendría á proteger la fuga con sus sombras benéficas. Pero había que aguardar una hora y ya las cuadrillas de guardianes canacos, lanzadas sobre la pista del fugitivo, debían estar registrando las dunas. Se había visto pasar á Tragomer y en este momento se daban indicios ciertos sobre la dirección que había tomado á aquellos ojeadores de caza humana.

— Ganemos la punta del promontorio y ocultémonos en las rocas, dijo Cristián.

Avanzaron rápidamente y se metieron en una pequeña gruta, donde pudieron respirar, ver y escuchar por unos instantes.

— Mira, dijo Tragomer, el yate vira de bordo y echa al agua la lancha de vapor... Han comprendido el peligro y vienen á nosotros.

La lancha embarcó sus hombres y se deslizó rápida sobre las ondas. La distancia que la separaba de tierra disminuía visiblemente. Ya la vista experimentada de Tragomer distinguía á Marenval sentado en la proa. Pero aquella tentativa atrevida atrajo hacia ellos un peligro mortal. Una cuadrilla que registraba la maleza acababa de ver la lancha, y suponiendo que su marcha hacia la costa estaba relacionada con la fuga del penado, los canacos empezaron á dar gritos para reunirse y se dirigieron en amenazador semicírculo hacia el promontorio en que estaban refugiados los fugitivos.

Tragomer echó en torno una rápida ojeada y vió en el mar la lancha que traía á Jacobo la salvación y detrás, en las rocas, la fuerza armada pronta á todas las violencias para recobrar al preso. La barca estaba separada de la punta de coral por unos mil doscientos metros. La elección no era dudosa. Se quitó la americana y la camisa, se descalzó y no conservó más que el pantalón, en cuya cintura puso un sólido cuchillo. Después, dijo

volviéndose hacia Jacobo, que le había imitado :

— Si nos quedamos, arriesgamos el ser cogidos; si huimos podemos ser muertos. No hay que vacilar. Además estaba convenido. ¡ Al mar y sea lo que Dios quiera !

Se abrazaron por última vez y se dejaron deslizar silenciosamente al agua. Nadaron doscientos metros protegidos por la masa de las rocas, pero pronto un gran griterio les advirtió que estaban descubiertos y una lluvia de balas que silbaron por todas partes les probó que sus perseguidores estaban decididos á impedir que se escapasen.

— ¡ Sumerjámonos ! dijo Tragomer. Van á tirar otra vez.

Pero la descarga que esperaban no se produjo. Una barca mandada por un vigilante y tripulada por doce remeros se destacaba de la costa é iba á colocarse entre los fugitivos y los tiradores canacos. Al mismo tiempo la lancha de vapor del yate forzó su máquina en dirección de los nadadores. Durante unos minutos hubo una lucha silenciosa y conmovedora entre los dos hombres que defendían su libertad y su vida y los que trataban de quitárselas.

— ¡ Alto, la lancha, en nombre de la ley ! ¡ Alto ! dijo la voz ronca y furiosa del vigilante.

— ¡ Adelante ! respondió con firmeza la voz de Marenval.

Los dos barcos estaban á cincuenta metros el uno